

¡Que Dios nos coja confesados!

Tan pronto hubo pasado el peligro del Huracán Luis, nuestro elocuente Gobernador se enfrentó a las cámaras de televisión y a los miles de sus conciudadanos americanos para dar gracias a todas las personas que habían contribuido a evitar mayores desgracias en la isla. Mencionó entre otros al Secretario de Educación, al Superintendente de la Policía, y al Director de la Defensa Civil.

Pedro Tercero

Columnista Invitado

Pero quisó hacer mención especial de la ¿persona? que hizo que el testarudo Luis finalmente se plegara ante la v a g u a d e s c a

atracción del Norte y se desviara de nuestras playas. Nada menos que Dios, alias Jehová, alias Alá, etc., quien con su misericordia movió al abominable ciclón un poquito hacia allá y no lo dejó que nos atravesara de lado a lado causando quién sabe qué desastres.

De cómo logró Dios esta gesta heroica no hay constancia. Raschke dice que los ángeles del cielo empezaron a empujar el temporal desde el momento en que los cristianos (y los políticos) se reunieron frente al Capitolio a suplicar por la intervención del cazahuracanes celestial.

Roselló no fue tan específico: se limitó a agradecer la piedad de los cielos para con nosotros sin entrar en detalles de cómo se llevó a cabo el milagro. El Centro de Meteorología dio explicaciones, pero eran tan lógicas y racionales que carecían de todo interés para los creyentes.

Sin embargo, lo cierto es que al igual que Iris y tantos otros apocalípticos fenómenos atmosféricos, el caprichoso Luis decidió a última hora dar un "cambiazó" (como lo bautizó el Nuevo Día -no podían decir virazón porque eso sonaba a plebiscito-) y tomar otros rumbos de menos interés para el Centro Nacional de Huracanes en Miami.

Si vamos a atribuirle a Dios el crédito por haber desviado la tormenta, me parece a mí que también hay que pedirle cuentas por lo que hizo antes de alterar su rumbo. ¿En qué estaría pensando Nuestro Señor cuando dejó que el animal ese hiciera su agosto (aunque en septiembre) en otras partes aunque a nosotros nos perdonaría?

A lo mejor en Barbuda no habían suficientes pentecostales que pidieran perdón por sus pecados. Quizás en San Martín no



se pudieron poner de acuerdo sobre si rezar en francés o en holandés. Tal vez en Antigua habían demasiados negros. Pero lo cierto es que si el omnipotente tuvo algo que ver con el Luisaso que recibieron las Islas de Sotavento (término que solo se escucha en los boletines de huracanes) me parece que darle las gracias es como dárselas al que prende un fuego que quema la casa del vecino pero luego se arrepiente y lo apaga antes de que queme la de uno.

Está bien, si hay que agradecerle el cambiazó se le agradece. Entonces que nos explique por qué permitió que se formara el huracán en primer lugar.

¿Por qué no lo atajó tan pronto soplaron las primeras ráfagas allá por las Islas de Cabo Verde? quizás ese día era domingo y la Ley de Cierre (que después de todo tiene su base en el Génesis bíblico a pesar de lo que diga la Constitución sobre la separación de la iglesia y del estado) no permite

milagros o intervenciones metereológicas durante los días feriados. O tal vez en ese momento estaba ocupado con una petición de Yiye Avila para que le platificara una muela a uno de sus feligreses. A lo mejor estaba tratando de multiplicarle a alguien lo que ese alguien le había deseado a otro.

Lo cierto es que a Dios lo tienen tan ocupado pidiéndole boberas (¡ay Señor, no dejes que el nene se ponche otra vez! ¡Dios mío, que coja aunque sea aproximación!) que mientras trata de complacerlos a todos ayudando a los que madrugan, o apretando sin ahogar, no ha tenido tiempo de resolver el problema de las drogas en Nemesio Canales, ni las guerras de los serbios, croatas y musulmanes, ni los problemas de las mujeres en China, ni el asunto de la capa del ozono.

Me atrevo a pensar que si Luis se desvía para arriba, a lo mejor en el cielo, tan ocupados como están, se olvidan de poner paneles en las ventanas.